

**Ana Rodríguez Mayorgas. *Arqueología de la Palabra. Oralidad y escritura en el mundo antiguo*. Bellaterra/Arqueología, Barcelona, 2010. ISBN 13: 978-84-7290-512-2**

*Arqueología de la Palabra* es un libro sobre el origen, características y usos de las primeras formas de escritura en el mundo antiguo. Así descrita, su temática parecería de claro interés para los historiadores, y alejada del ámbito de estudio de los prehistoriadores, o de los arqueólogos en general. Al fin y al cabo, el único umbral claro de separación entre la Prehistoria y la Historia es la aparición y uso de la escritura, independientemente de la cronología a la que se asocie.

Sin embargo, el propio título de la obra nos ofrece ya claros indicios del error en el que incurriríamos de mantener semejante *prejuicio disciplinar*, porque es ésta una obra en la que se pretende, antes que cualquier otra cosa, escapar a los dualismos y rupturas epistemológicas con los que tan acostumbrados estamos a pensar el pasado (oralidad-escritura, objeto-texto, soporte-mensaje, signos-escritura (alfabética)...), introduciendo un aire fresco y una luz nueva en uno de los aspectos más interesantes pero menos explorados de una cultura: el medio en que se transmite el conocimiento y las implicaciones que ese medio tiene en el tipo de conocimiento que la caracteriza. Aunque la segunda parte del libro está dedicada a profundizar en la información que existe sobre los restos de escritura en los primeros estados e imperios del mundo antiguo (especialmente mediterráneo), la primera parte pasa revisión a cuestiones de interés general para toda persona dedicada al estudio de las sociedades que existieron, precisamente, en el umbral que marca la separación de los objetos de estudio de ambas disciplinas.

Ana Rodríguez Mayorgas se propone desmontar prejuicios, organizar conocimientos y ofrecer una información exhaustiva sobre lo que pudo significar el comienzo de la escritura en todas aquellas sociedades en donde se generó o fue adoptado este modo de representación. Acogiéndose a la definición de escritura de Gelb (1976: 32) como “un sistema de intercomunicación humana por medio de signos convencionales visibles”, el libro va pasando revisión a los precedentes y desarrollos ligados a la escritura en distintos contextos, para llegar a la conclusión de que “el cambio que se percibe” en la escritura “es el paso de una compleja notación que ayuda a recordar un mensaje a un sistema que consigue reflejar cualquier sonido de la lengua” (p. 83). De este modo, el conocimiento reflejado en la escritura va caracterizándose por una descontextualización progresiva del ámbito cultural en el que se inserta (p. 54, 61), explicándose así que no sea posible entender la función, uso y trascendencia de la primera escritura desde su valoración actual. De hecho, la escritura cumple actualmente una función y determina un tipo de conocimiento que es relativamente novedoso, pues hasta el siglo XV su uso siguió limitado

a una minoría debido a la dificultad de producir textos antes de la invención de la imprenta y al elevado precio de los materiales utilizados (p. 29). Es decir, la escritura tiene una historia que no es otra que la historia del proceso de transformaciones culturales que definen nuestro pasado, dado que, como se insiste en el texto, “el canal por el que se transmite el conocimiento no es un medio neutro e independiente del contenido, sino que afecta directamente a las formas de pensamiento y de comprensión” (p. 31). Entender los contextos en los que se generó, el sector social que lo utilizaba, las funciones a las que se dedicaba o el contenido que transmite equivale a profundizar en las dinámicas culturales desde una perspectiva que acoge tanto aspectos sociales como económicos, materiales o cognitivos, tal y como M<sup>a</sup> Luisa Ruiz-Gálvez (2009) acaba de mostrar también, desde esa misma perspectiva multidisciplinar y “desprejuiciada”, en relación a las redes comerciales privadas desarrolladas en la Península Ibérica entre el II y el I milenio a.C.

Este esfuerzo por derribar toda rigidez conceptual o disciplinar en la aproximación al tema diferencia este libro de síntesis previas (Gelb 1976; Calvet 1996..). Desde él se aborda una exhaustiva revisión histórica sobre las distintas formas de escritura que han existido, desde los pictogramas o los jeroglíficos a los logogramas, desmontando así la tan usual identificación entre escritura y alfabeto, y produciendo un libro que no sólo es de interés para los historiadores, sino también para los prehistoriadores del más antiguo pasado. Porque si entendemos los pictogramas como una forma de escritura (en el sentido amplio de Gelb citado más arriba), dado que “transmiten ideas o enunciados” aunque “no reflejan ninguna lengua en concreto” (p.59), podríamos aceptar entonces que el arte paleolítico lo fuera, como ya defendió en su día Leroi-Gourhan (p. 63). Ana Rodríguez Mayorgas profundiza, sin embargo, con mucha más precaución que este autor en dicha interpretación, avisándonos de los riesgos que corremos de no valorar correctamente las diferencias entre el significado, uso y contexto de esas expresiones y las actuales, analizando por ejemplo los signos encontrados en algunos objetos de la Cultura de Vinča (p. 66-68) o exponiendo los excesos interpretativos en los que incurriera Marija Gimbutas al tratar algunos signos encontrados en artefactos neolíticos (p. 65).

Atraviesa el libro un constante recordatorio: oralidad y escritura no fueron (y no son) en el mundo antiguo formas opuestas y excluyentes de expresión o narrativa. Se simultanearon y ofrecieron relaciones complejas, en donde a veces cada una de ellas reforzaba a la otra, en lugar de sustituirla. Por eso debe estudiarse cada proceso

en sus particularidades históricas, dentro de sus contextos específicos, porque sólo así se entenderá lo que la primera escritura significó para cada uno de los grupos que la utilizaba. Ahora bien, para conseguir tal fin es necesario escapar de una disciplina que sostenga el principio de autoridad clásico, que se reproduzca a sí misma con el único afán de añadir nuevos datos a viejas formulaciones. Un tema como el del paso de la oralidad a la escritura sólo puede entenderse desde un planteamiento interdisciplinar, acogiendo conocimientos generados en disciplinas distintas, para poder dar cuenta de las múltiples vertientes desde las que analizar el tema. De ahí que los investigadores más rígidamente disciplinares puedan considerar que este tipo de estudios obedece a modas pasajeras, que nada tienen que ver con la ciencia verdadera, la de lo concreto, de la excavación arqueológica o de la interpretación de un texto clásico. Pero también a esta crítica se adelanta Rodríguez Mayorgas refiriéndose a la importancia que adquieren los estudios sobre oralidad y escritura a partir de los años 60 del siglo XX, debido sin duda a “los cambios que estamos experimentando en el ámbito de las comunicaciones en los últimos decenios” (...) “La llamada ‘revolución informática’ ha planteado muchas cuestiones e incógnitas; y una de ellas es precisamente la propia definición del concepto de escritura” (págs.15-16). Se explica pues la creciente necesidad de atender a este aspecto de la cultura, tan esencial pero tan olvidado por quienes se interesaban por explicar sus procesos y dinámicas.

Ong (1985), al hablar de las diferencias entre la oralidad y la escritura, señalaba que los sentidos activados por ambas tenían implicaciones distintas: la oralidad transmite el conocimiento a través del oído, lo que genera un sentimiento de comunidad o colectividad en quienes lo escuchan. La escritura, por el contrario, se basa en la vista y aísla al receptor, quien se relaciona de forma individual y solitaria con el conocimiento que aprehende. Aunque este dualismo es también cuestionado por Rodríguez Mayorgas cuando demuestra que la primera escritura romana se hacía para ser leída en alto y sólo como ayuda a la memorización, lo cierto es que la universalización de la escritura propiciado por la imprenta (McLuhan 1962) extendió definitivamente esa nueva forma de conocimiento individual que favorecía la reflexión, la abstracción y la individualización. En estos momentos, sin embargo, la revolución informática y audiovisual está volviendo a soportes auditivos y visuales que establecen un régimen de comunicación novedoso, lo que explica también, como la propia autora reconoce (p. 16), el interés que las implicaciones de la oralidad y la escritura, del soporte auditivo o visual, tienen para la sociedad actual. La conclusión entonces es que, lejos de ser una moda pasajera, el interés por este tema aumentará previsiblemente en el futuro, teniendo en cuenta, además, la variedad de aspectos culturales implicados en él.

Uno de ellos es, por ejemplo, el tema de la memoria, de generalizado interés también en los últimos años debido sin duda a la creciente y desconcertante velocidad de los cambios que caracteriza nuestra cultura (Connerton 1989 y 2010; Virilio 2004; Baumann 2007), pero no por ello de menor interés para comprender a las sociedades del pasado. De hecho, estudios etnoarqueológicos como el de Santos-Granero (2004) sobre los Yaneshas, de Perú, han puesto de manifiesto el recurso mnemónico que constituye el paisaje para las sociedades sin escritura, que vinculan acontecimientos de su pasado a los lugares donde tuvieron lugar. Santos-Granero se refiere a este mecanismo como “escritura topográfica”, de la que sería un ejemplo el recorrido ritual del Vía Crucis católico, por ejemplo. Ana Rodríguez Mayorgas trata, en este sentido, la diferencia entre memoria e historia (p. 46) e insiste en el papel que el paisaje y la cultura material tienen como depositarios de la memoria de los pueblos (p. 47). De este modo, nos ayuda a comprender que el uso de esas disyuntivas con las que operamos habitualmente y a las que nos referíamos al principio (cultura material-texto, soporte-mensaje, etc.) lejos de resultar instrumentales para el conocimiento de los procesos culturales del pasado, impiden enmarcar correctamente su interpretación, pues ocultan la multiforme, flexible y mucho más compleja dinámica en la que se basaban. Así por ejemplo, en el libro se hace referencia, a esos “objetos parlantes” que se dirigían al espectador en la antigua Grecia, y donde no cabía separar la escritura de la imagen representada en el objeto (p.89) o al prestigio que la mera posesión de objetos con escritura, o textos, confería a sus propietarios (p. 85), por citar solo algunos de esos casos donde nuestras dualidades culturales no resultan aplicables (y a los que el título parece rendir homenaje).

Sobre este marco conceptualmente abierto y multidisciplinar, Ana Rodríguez Mayorgas va exponiendo detalladamente, con recursos bibliográficos muy extensos, la información existente sobre las implicaciones sociales en el origen y en los primeros desarrollos de la escritura: se comienza por dar cuenta de cronologías, hallazgos, relaciones entre procesos que no siempre han sido conectados, para ir revisando la función que cumplió en las distintas sociedades o los porcentajes de población que la manejaba; desde su uso político y administrativo al religioso y ritual o cotidiano y privado; desde el modo en que exigía ser leída y el tipo de destinatarios a quienes iba dirigida, a la capacidad performativa (para bien o para mal, en forma de maleficios) que se le atribuía.

El libro se divide en 7 capítulos con profusa información, y capta el interés del lector no sólo por la calidad de los datos y el conocimiento del tema, sino también por la fluidez del discurso y la falta de rigidez que, en todo sentido, manifiesta. Baste con aludir a la propia desidealización de la escritura, que contrariamente a lo que cabría esperar en un libro dedicado a ella, se mani-

fiesta en todo momento, desde el primer párrafo del prólogo (p.11):

“la escritura ha posibilitado el pensamiento tal y como lo conocemos en la actualidad, pero también supone un grado de desvinculación con su productor, el ser humano, que los antiguos ya temieron e intentaron remediar. La escritura, además, no sólo congela la palabra en el tiempo, sino que la convierte en un elemento físico del entorno que se puede ver y tocar. En este sentido, la escritura forma parte de la cultura material de una sociedad y como tal debe ser estudiada”.

Se difuminan los límites, se licúa la rigidez, se disuelven algunos de los más tradicionales marcos desde

los que se nos había acostumbrado a pensar el pasado. La fluidez define tanto la forma del discurso como el contenido del que trata. Sólo cabe esperar que este libro tenga el éxito que merece, en prueba de que existe pensamiento actual, de gente joven, que se aleja del estancamiento en que a veces parece sumirse el estudio del pasado.

Almudena Hernando Gonzalo

Dpto. de Prehistoria  
Universidad Complutense, Madrid

### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BAUMAN, Z. (2007): *Vida de consumo*. Fondo de Cultura Económica, Madrid.  
CALVET, L.-J. (1996): *Histoire de l'écriture*. Plon, París.  
CONNERTON, P. (1989): *How societies remember*. Cambridge University Press, Cambridge.  
CONNERTON, P. (2010): *How Modernity forgets*. Cambridge University Press, Cambridge.  
GELB, I.J. (1976)[1952]: *Historia de la escritura*. Alianza, Madrid.  
MCLUHAN, M. (1962): *The Gutenberg Galaxy. The making of the typographic man*. University of Toronto Press, Toronto.  
ONG, W. (1985)[1982]: *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. Fondo de Cultura Económica, México.

RUIZ-GÁLVEZ, M<sup>a</sup> L. (2009): ¿Qué hace un micénico como tú en un sitio como éste? Andalucía entre el colapso de los palacios y la presencia semita. *Trabajos de Prehistoria* 66, 2: 93-118.  
SANTOS-GRANERO, F. (2004): Escribiendo la historia en el paisaje: espacio, mitología y ritual entre la gente yanesha. *Tierra adentro. Territorio indígena y percepción del entorno* (A. Surrallés y P. García Hierro, eds.), IWGIA (Grupo Internacional de Trabajo sobre Asuntos Indígenas), Copenhague: 187-217.  
VIRILIO, P. (2004): *Environment Control. The Paul Virilio Reader* (S. Redhead, ed.), Columbia University Press, Nueva York: 135-153.

### ¿Podemos cambiar el mundo? Arqueología y activismo

**M. Jay Stottman. *Archaeologists as Activists. Can Archaeology change the World?* University of Alabama Press, Tuscaloosa, 2010. ISBN: 978-0-8173-5622-4**

Durante los últimos años han sido varios los ámbitos que, de un modo u otro, han tratado el tema del impacto político de la Arqueología. El debate se ha centrado principalmente entre el posicionamiento ideológico o la objetividad. Por lo general, se puede distinguir entre dos visiones: la que nos coloca como técnicos de una Ciencia que debe ser objetiva ante todo y la que nos sitúa en un marco subjetivo *a priori* en el que debemos tomar partido (ver por ejemplo el intenso debate en el dossier *¿Qué clase de ciencia es la arqueología?* que se desarrolló en los números 19-1 y 20-1 de esta revista). El presente libro se sitúa en el segundo supuesto, tomando par-

tido por utilizar la Arqueología como una herramienta de desarrollo social y educación cívica.

¿Qué es el activismo en Arqueología? Sencillamente, tomar partido a la hora de desarrollar nuestro trabajo. Si este libro se hubiera escrito en la Alemania de los años '40, la *Ahnenerbe* se habría encargado y habría recopilado una serie de trabajos en los que se utilizaba la Arqueología como respaldo científico a una ideología hoy denostada. Aquellos arqueólogos eran activistas y pretendían ayudar a cambiar el mundo, en un sentido que hoy no se nos antoja muy agradable. El compendio de Stottman se ha escrito en los Estados Unidos del siglo